



ACTO ACADÉMICO

Homenaje al Profesor

VALENTÍN
VÁZQUEZ DE PRADA

UNIVERSIDAD DE NAVARRA

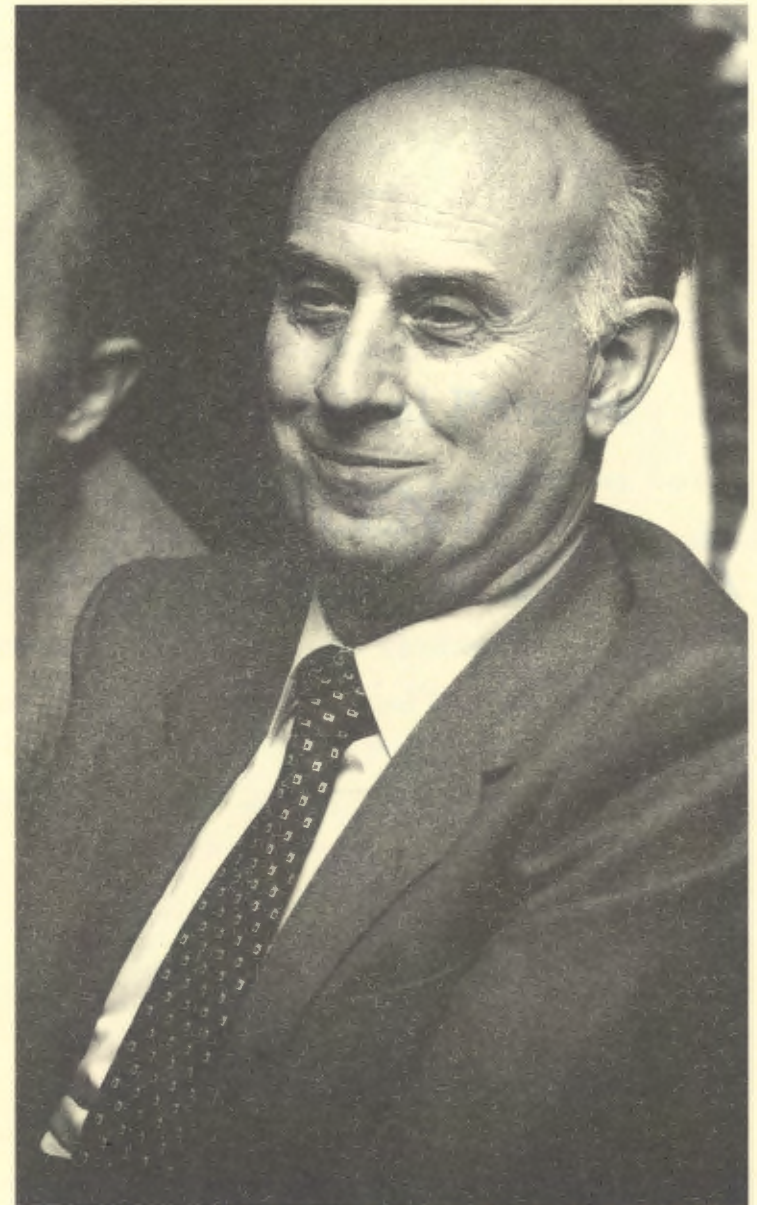


102004050

06-90

UNIVERSIDAD DE NAVARRA

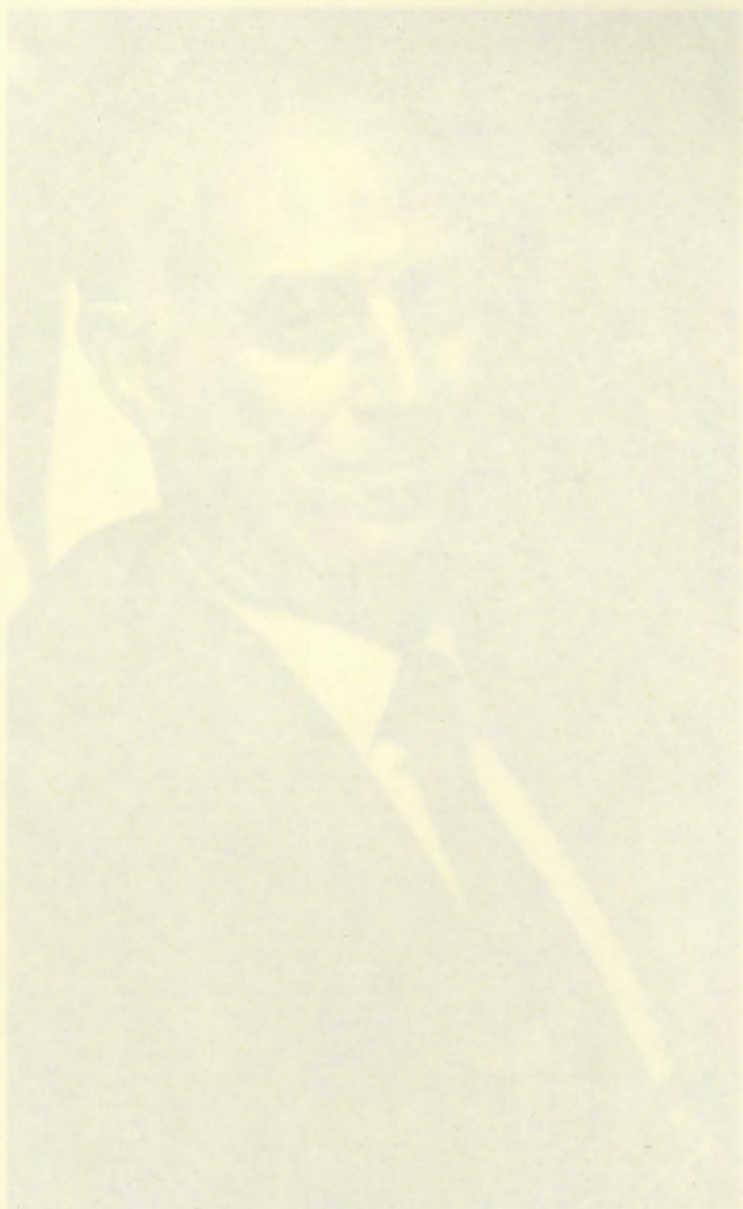
PAMPLONA, 2000



UNIVERSIDAD DE NAVARRA

PAMPLONA, 2000

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
BIBLIOTECA DE HUMANIDADES



ACTO ACADÉMICO

SUMARIO

Homenaje al Profesor

VALENTÍN VÁZQUEZ DE PRADA

Introducción de D. M. de E. Sáenz Sáenz	9
Intervención de D. M. de E. Sáenz Sáenz	17
Intervención de D. Valentín Vázquez de Prada	27
Intervención de D. Valentín Vázquez de Prada	35
Palabras de clausura de D. José M. Bastero de Eleizalde, Rector de la Universidad de Navarra	45
Tabla Cronológica	51

UNIVERSIDAD DE NAVARRA

PAMPLONA, 2000

• 15757821

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
BIBLIOTECA DE HUMANIDADES

ACTO ACADÉMICO

Homenaje al Profesor

VALENTÍN
VÁZQUEZ DE PRADA

UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Depósito Legal: NA 1631-2000 - PAMPLONA

EUROGRAF NAVARRA, S.L. Polígono Industrial, calle O, nave 31. MUTILVA BAJA (Navarra)

María de los Ángeles Pérez Samper
Catedrática de Historia Moderna

SUMARIO

Intervención de Dña. M ^a de los Ángeles Pérez Samper...	9
Intervención de D. Ignacio Olábarri Gortázar.....	17
Intervención de D. Alfredo Floristán Imízcoz.....	27
Intervención de D. Valentín Vázquez de Prada.....	35
Palabras de clausura de D. José M ^a Bastero de Eleizalde, Rector de la Universidad de Navarra	45
<i>Tabula Gratulatoria</i>	51

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
BIBLIOTECA DE HUMANIDADES

(1757)

SUMARIO

Intervención de Dña. M. de los Angeles Pérez Samper... 9
Intervención de D. Ignacio Olabarri Goitia... 17
Intervención de D. Alfredo Florián Juncos... 27
Intervención de D. Valentín Vázquez de Prada... 35
Palabras de clausura de D. José M. Bastero de Hualde... 43
Rector de la Universidad de Navarra... 45
Tabla Genealógica... 51

Deposito Legal: No. 1000-1970 - 200000000
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES, C/ de la Universidad, 4 - 48100 Leioa (Bizkaia)

Conoci al profesor Don Valentín Vázquez de Prada en la vieja facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, en los años sesenta, cuando él era catedrático de Historia Moderna y yo estaba estudiando la carrera. Seguramente le vi por primera vez en el patio de Larra, saliendo o entrando de una clase o del seminario. Allí, en ese patio, es donde hacíamos una parte importante de nuestra vida, tanto alumnos como profesores. Cuando hago memoria, imagino ese patio y recuerdo con cariño a mis compañeros de curso, a los alumnos de cursos superiores y posteriores, a mis profesores de aquellos años, mi maestro, Don Carlos Seca, Don Antonio Palomares, Don José Manuel Cuenca, Don Nazario González, y tantos otros profesores y, por supuesto, Don Valentín Vázquez de Prada. Fueron años decisivos de mi vida, que han quedado vinculados para siempre a un grupo de personas a las que debo mucho, a las que estoy muy agradecido y con las que me voy a ir siempre un gran amigo.

Cuando conocí de verdad a Don Valentín fue en el curso 1969-1970. Yo tenía entonces veinte años y estaba en tercer curso de carrera, cuando según el nuevo plan de estudios el plan Maluquer, debíamos elegir especialidad, yo elegí "Historia Moderna y Contemporánea" y aquel año tuve como profesor al Dr. Vázquez de Prada, en la asignatura de Alta Edad Moderna, una asignatura troncal, me matriculé en ella, y me gustó mucho, me gustó mucho la asignatura de "Historia Moderna y Contemporánea".

María de los Ángeles Pérez Samper
Catedrática de Historia Moderna

Recuerdo muchas de las cosas que Don Valentín explicaba en clase, temas variados de economía, de sociedad, de política, de cultura, de los siglos XVI y XVII. Sus

Conocí al profesor Don Valentín Vázquez de Prada en la vieja facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, en los años sesenta, cuando él era catedrático de Historia Moderna y yo estaba estudiando la carrera. Seguramente le vi por primera vez en el patio de Letras, saliendo o entrando de una clase o del seminario. Allí, en ese patio, es donde hacíamos una parte importante de nuestra vida, tanto alumnos como profesores. Cuando hago memoria, imagino ese patio y recuerdo con cariño a mis compañeros de curso, a los alumnos de cursos superiores y posteriores, a mis profesores de aquellos años, mi maestro, Don Carlos Seco, Don Antonio Palomeque, Don José Manuel Cuenca, Don Nazario González, y tantos otros profesores y, por supuesto, Don Valentín Vázquez de Prada. Fueron años decisivos de mi vida, que han quedado vinculados para siempre a un grupo de personas, a las que debo mucho, a las que estoy muy agradecida y con las que me une, con la mayoría, una gran amistad.

Cuando conocí de verdad a Don Valentín fue en el curso 1969-1970. Yo tenía entonces veinte años y estaba en tercer curso de carrera, cuando, según el nuevo plan de estudios, el plan Maluquer, debíamos elegir especialidad, yo elegí "Historia Moderna y Contemporánea" y aquel año tuve como profesor al Dr. Vázquez de Prada, en la asignatura de Alta de Edad Moderna, una asignatura troncal, muy amplia, que abarcaba historia universal y de España. Me matriculé también de otra de sus asignaturas, una optativa, igualmente amplia, "Historia Económica moderna y contemporánea".

Recuerdo muchas de las cosas que Don Valentín explicaba en clase, temas variados de economía, de sociedad, de política, de cultura, de los siglos XVI y XVII. Sus

explicaciones eran claras y gratas de escuchar. Tenía la mayor virtud que puede tener un profesor, despertaba interés por los temas que explicaba, uno quería saber más. Gracias a él me leí durante aquel curso obras absolutamente capitales de la historiografía moderna, *Carlos V y sus banqueros* de Ramón de Carande, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II* de Fernand Braudel, *Erasmus y España* de Marcel Bataillon.

Pero de sus clases sobre todo recuerdo dos temas, que Don Valentín los "bordaba" y a mí me encantaba escucharlos, uno era Amberes, las rutas atlánticas, el comercio, las letras de cambio, los mercaderes. Lo de las letras de cambio tenía su intrínquilis, pero Don Valentín lo dominaba y nosotros lo seguíamos llenos de curiosidad, seguíamos las letras de cambio por Amberes, Medina del Campo, Sevilla, Lisboa, casi como un juego.

Y el otro tema era el humanismo. Sus explicaciones sobre el movimiento humanista me cautivaron de tal modo que creo que me han marcado indeleblemente como historiadora, como persona, incluso como cristiana. El afán de saber, el interés por la Antigüedad clásica, por el latín y el griego, —que a mí me fascinaban, pues mi primera intención al estudiar Filosofía y Letras fue elegir clásicas—, la preocupación por la educación, la búsqueda de un cristianismo más auténtico, todo eso despertó enormemente mi interés y me caló muy hondo. La aventura de aquellos hombres, que perseguían un ideal de sabiduría, de tolerancia, de concordia, en medio de un mundo cambiante y agitado, que luchaban por la causa, para ellos inseparable, de la piedad y de las letras, me producía admiración, me inspiraba. Fue un gran descubrimiento que me ha acompañado toda la vida y que debo a Don Valentín.

Los humanistas, Erasmo, Vives, Pico della Mirandola, Budé, pero sobre todo Tomás Moro. La figura de Tomás Moro me causó un enorme impacto, un hombre tan sereno en medio de un mundo tan convulso como era la Europa del siglo XVI, sobre todo la Inglaterra de Enrique VIII, un padre tan entrañable y familiar como se muestra en las cartas a sus hijos, especialmente a su hija Margaret, un buen amigo, tan amigo de sus amigos, tan amante de la lectura y de los libros, un hombre tan inteligente, que sabía ver con claridad en medio de los problemas más complejos, con tanto sentido del humor, que le permitía distanciarse de la realidad, evitando caer en falsas vanaglorias, un hombre sencillo, incluso entre los esplendores cortesanos, un hombre tan íntegro, tan verdadero, en medio de un ambiente tan oportunista y corrupto, como era la corte y la política inglesas de la época, un hombre tan prudente, que utilizó el recurso al silencio, amparándose en la ley común inglesa, y a la vez tan arriesgado, que acabará dando la vida por mantenerse fiel a su fe. Un gran intelectual, un gran jurista, un gran político, Lord Canciller de Inglaterra, pero sobre todo un espíritu libre, un mártir, un santo. Tomás Moro es verdaderamente un hombre para todas las horas, para todos los tiempos, para la eternidad, como dijo Erasmo y como recogió el título de la hermosa película de Fred Zinemann, el suyo es un testimonio no sólo válido para la Inglaterra del siglo XVI, sino también para hoy, para todos nosotros. Mi descubrimiento de una figura tan extraordinaria y que tanto ha significado para mí como modelo de referencia en muchos momentos de mi vida es una cosa más que le agradezco a Don Valentín y a la lectura, entre otras obras, de la biografía que le dedicó a Tomás Moro su hermano Andrés Vázquez de Prada.

Los años sesenta y setenta, años difíciles en la Universidad, muchas cosas eran cuestionadas, algunas con

justicia, otras creo que muy injustamente. Eran años difíciles en que los alumnos nos hallábamos a veces un tanto desorientados y también andaba perdido más de un profesor. En medio de aquella confusión Don Valentín a mí siempre me impresionó, porque a los estudiantes nos daba la sensación de ser un hombre sereno, digno, seguro de sus convicciones. Fueron tiempos difíciles, además, para él y para su familia, pues coincidieron con la temprana muerte de su esposa. Pero Don Valentín siempre cumplió con su deber, asistiendo con regularidad a clase, atendiendo a los alumnos. Atender a los alumnos en una Universidad como aquélla, tan diferente de la actual, no era algo común, Don Valentín lo hacía y lo había con gran amabilidad. Esa atención y esa amabilidad son algunas de las cosas que recuerdo con mayor agradecimiento y afecto.

El profesor Vázquez de Prada dejó pronto la Universidad de Barcelona, para venir a esta Universidad de Navarra. Pero la lejanía no significó en ningún momento olvido. Al terminar la carrera, yo me quedé como ayudante en la Universidad y continúe trabajando bajo la dirección de uno de los principales discípulos del Dr. Vázquez de Prada, el profesor Pere Molas, a quien considero como uno de mis maestros, mi maestro en Historia Moderna, después de tantos años de trabajar junto a él. También otros de mis compañeros se hallaban especialmente unidos a Don Valentín, como mi querido amigo el profesor Fernando Sánchez Marcos. Con Don Valentín, desde aquellos lejanos años barceloneses, nos hemos visto pocas veces, pero siempre que nos hemos visto he tenido la misma impresión de estar ante una persona serena, digna, respetuosa, dedicada a su trabajo, y conmigo siempre atenta y amable.

Por todo eso y por tantas otras cosas estoy hoy aquí, en recuerdo de aquellos lejanos días en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona. Estoy

muy orgullosa de participar en este merecido homenaje a Don Valentín Vázquez de Prada. Me hace muy feliz un acto como éste. Yo creo en la Universidad. A pesar de todo. Más allá de la masificación, de la burocratización, de las nuevas tecnologías y de tantas otras cosas, considero que hay algo que es lo mejor, lo más auténtico, lo más valioso y lo más duradero de la Universidad, ayer, hoy y mañana, ese algo es ese hilo sutil, pero tan fuerte, que une a un profesor con un alumno, a un alumno con un profesor, a un maestro con su discípulo, a un discípulo con su maestro.

Esa relación de profesor alumno es única, insustituible, perdurable, muy importante y creo que vale la pena. A ella han dedicado la vida muchas gentes a lo largo de la historia, generación tras generación. Como escribía Tomás Moro, en una carta de 1524 a los profesores de la Universidad de Oxford, donde él había estudiado en su juventud, expresando su gozo por haber sido elegido para formar parte de ella, junto a "... los hombres que he admirado con asombro desde mi juventud, y a quienes he respetado, y cuya gratitud siempre me he esforzado en ganar, y cuyo afecto he rezado por conseguir...". Admiration, respeto, gratitud, afecto; yo tuve la suerte de entrar en esa maravillosa línea, mis profesores entonces, ahora nosotros, una nueva generación de profesores, un nuevo eslabón. Espero que sepamos continuar la cadena y que a nosotros nos sigan otras generaciones, todos unidos por ese vínculo, intelectual y personal, tan valioso.

Por todo esto y por tantas otras cosas que aprendí sobre la historia de la alta edad moderna, sobre la historia económica, sobre la Universidad, sobre la persona, sobre la dignidad y el sentido del deber, treinta años después quiero manifestar mi respeto y mi reconocimiento. Le doy las gracias al profesor Vázquez de Prada. Muchas gracias, de una de sus antiguas alumnas de la Universidad de Barcelona.

D. Valentín Vázquez de Prada inició sus trabajos como Profesor Ordinario de Historia Moderna de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra a comienzos del curso 1970-71. La decisión de trasladarse de Barcelona a Pamplona, aunque libérrima, no dejó de ser difícil. Catedrático de la Universidad de Barcelona desde 1959, profesor de Historia Moderna en la Facultad de Filosofía y Letras y de Historia Económica Universal en la de Ciencias Económicas, había encontrado en la Ciudad Condal muchos medios y posibilidades para investigar en la Historia económica de la Edad Moderna y había comenzado a formar allí una escuela. Se hizo muchos amigos, especialmente en el ámbito universitario, y su mujer y sus cinco hijos se encontraban confortablemente instalados y alegres allí.

Mientras consideraba que la Universidad de Barcelona era –nos lo recordaba hace unos meses– “la mejor del país en aquellos momentos, a pesar de los líos”, la Universidad de Navarra, que no había cumplido aun los veinte años desde que se instalara en Pamplona como Estudio General, ofrecía un proyecto universitario e intelectual muy atractivo y un grupo de profesores jóvenes que participaban de él. El objetivo común aunaba a todos. Se carecía de medios suficientes y los alumnos no eran muchos, pero a todos les impulsaba aquella idea de la Universidad y del mundo que, en la explanada de la Biblioteca, había expuesto el 8 de octubre de 1967 el Fundador del Opus Dei en una homilía que nos conmovió a todos los que la escuchamos –D. Valentín entre ellos–: “Amar al mundo apasionadamente”.

En la primavera de 1969, D. Valentín, apoyado, como siempre, por su mujer, optó por la aventura de Pamplona. Apalabraron un bonito piso y volvieron a Barcelona dispuestos a comenzar su andadura en Pamplona al iniciarse el curso 1970-71, una vez que la casa estuviese ya terminada.

Pero el hombre propone y Dios dispone. En poco menos de un mes Mari Carmen Tiffe Ormazábal, su mujer, tuvo que ser operada de la vesícula, y sobrevenidas graves complicaciones, falleció en la Clínica Quirón de Barcelona el día de Nochebuena de 1969. D. Valentín perdía así, no sólo a la madre de sus cinco hijos, sino a la compañera de todos sus afanes, una mujer vasca que era, como él, una brillante universitaria.

Ante la nueva situación, D. Valentín dudó sobre lo que debía hacer, sobre lo que era lo mejor para sus hijos. En la Universidad de Barcelona pidió una excedencia con reserva de cátedra y el curso 1970-71 lo pasó en Pamplona, con sus hijos, en una casa alquilada –la suya se retrasaba, como suele ocurrir– en la calle Monasterio de Velate 3. Pero, mientras sus hijos seguían en Pamplona, durante el curso 1971-72 volvió a impartir sus clases en Barcelona. Al final, fueron sus hijos mayores los que le animaron a “quemar las naves”: en octubre de 1972, D. Valentín se adscribía de forma que iba a ser definitiva a la Universidad de Navarra.

Yo cursé mi último curso de la carrera de Filosofía y Letras en 1971-72, precisamente cuando D. Valentín había vuelto a dar sus clases a Barcelona, mientras en Pamplona daba algunas en Primero de Periodismo. Pero una de las primeras iniciativas de D. Valentín en su nueva Universidad me permitió obtener de él un retrato que me convenció: fueron unas “Conversaciones sobre Historia”, organizadas por la Universidad en colaboración con la

“Fondation Internationale des Sciences Humaines” de París, que tuvieron lugar en los primeros días de Mayo de 1972, dedicadas a la metodología histórica. Un mes después, nuestro Decano de entonces, D. Manuel Ferrer Regales, que conocía muy bien por dónde iban mis inquietudes intelectuales, me lo presentó –lo recuerdo muy bien– en el Colegio Mayor Belagua. A comienzos del curso 1973-74 yo comencé a trabajar bajo su dirección en mi tesis sobre la historia social del País Vasco en nuestro siglo. Desde entonces nunca se ha interrumpido nuestro trato. Prácticamente de la misma edad que mi padre, ha sido mucho más que un maestro para mí.

En sus años de Pamplona, D. Valentín ha sido un padre entregado a sus hijos, un universitario volcado a lo que era su vocación y su profesión, un hombre, un cristiano ejemplar. Tres dimensiones de su trayectoria personal que se han alimentado las unas a las otras, en una coherencia y unidad de vida que ha ganado fuerza a medida que pasaban los años.

Los setenta fueron unos años duros para nuestro país, difíciles también para la joven Universidad de Navarra. Unos años que no daban tregua, durante los que D. Valentín tenía que poner en marcha el nuevo Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de nuestra Facultad. Y lo hizo con la experiencia adquirida en Barcelona y sobre la base también del fundamento puesto por D. Federico Suárez, así como por jóvenes profesores que ya se habían integrado en otras Facultades del país o que pronto iban a hacerlo –Luis Miguel Enciso, Vicente Cacho, José Manuel Cuenca, José Luis Comellas, Rodrigo Rodríguez Garraza, José Andrés-Gallego– y otros (muy pocos) que seguían en Pamplona, D. Gonzalo Redondo, la profesora Diz-Lois.

Dio clases a unos alumnos que –pronto se dio cuenta de ello– exigían más que los de Barcelona, porque estaba en el espíritu de la Universidad la obligación de formarles, no sólo de transmitirles conocimientos. Continuó sus investigaciones sobre la economía catalana del siglo XVIII, al mismo tiempo que orientaba a sus primeros discípulos modernistas a trabajar sobre la casi desconocida historia moderna del Reino de Navarra. En 1975 se publicaba en Holanda su pequeño libro sobre la vida y el tiempo de Felipe II –algo así como poner una pica en Flandes– y, tres años después, su *Historia económica y social de España* durante los siglos XVI y XVII. Se ocupó de las Relaciones Culturales de la Universidad, y puso en marcha las Conversaciones Internacionales de Historia. Y, sobre todo, como ya había hecho en Barcelona, creó escuela: es decir, nos dedicó a sus primeros discípulos de Navarra todas las horas que necesitábamos... y fueron muchas. A finales de aquella década ya podía apoyarse un poco en nosotros.

Durante los años ochenta D. Valentín trabajó intensamente. Fueron los años de la "Historia Universal Eunsa", en la que publicó dos amplios tomos, maduras obras de síntesis. Fueron los años de Prato: en 1981 fue nombrado miembro del Comité científico del "Istituto Internazionale di Storia Economica Francesco Datini", que había fundado en aquella ciudad italiana Federigo Melis. Allí se reencontró con su maestro Fernand Braudel, presidente del Comité, que moriría en 1985. Desde 1986 D. Valentín fue miembro de la Junta Directiva del Istituto, hasta que en 1996 pasó a ser miembro de honor del Comité científico.

Fueron también los años en los que los jóvenes modernistas navarros abrían cada vez más tajos de investigación, desde dentro y desde fuera de la Universidad de Navarra. Fueron años de ahondamiento en su decisión de trabajar para nuestra Universidad, que le llevó –a él, que

siempre había pedido que no le nombraran para un cargo de gobierno, para el que no se sentía preparado– a aceptar la carga del Vicedecanato de la División de Geografía e Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. A él dedicó, hasta 1993, buena parte de su tiempo, en unos momentos en los que hubo que torear algunos Miuras, como la puesta en marcha de los nuevos planes de estudio o la adaptación de la Facultad a unos tiempos que venían difíciles para las Humanidades.

Y llegó su jubilación, en 1997. ¿Llegó también a término su trabajo? No: D. Valentín quiere terminar aquellos libros para los que durante años recogió material, comenzando por su tesis doctoral sobre Felipe II y Francia: "Cosas pequeñas –nos decía hace pocos meses, refiriéndose a sus trabajos de investigación– no entran en lo mío. Yo he ido a cosas grandes, pero muchas veces ni las he acabado ni acabaré".

El futuro nos dirá si, además de su *Felipe II y Francia*, escribe D. Valentín una biografía sobre el Rey Prudente, así como un libro sobre la participación vasca en la administración de la Monarquía Católica durante ese siglo XVI que él considera en el "momento cenital" de las Españas. En todo caso, don Valentín ha alcanzado esa "cosa grande" que es una vida personal y profesional dedicada a servir a Dios y a los demás.

"Dios nos llama –escribía en 1967 el Fundador de nuestra Universidad– a través de las incidencias de la vida de cada día, en el sufrimiento y en la alegría de las personas con las que convivimos, en los afanes humanos de nuestros compañeros, en las menudencias de la vida de familia. Dios nos llama también a través de los grandes problemas, conflictos y tareas que definen cada época histórica, atrayendo esfuerzos e ilusiones de gran parte de la humanidad".

D.Valentín ha escuchado esa llamada en todos sus tonos. No es éste el momento ni el lugar para hablar de su vida familiar, de su reacción ante pequeñas y no tan pequeñas dificultades, de su presencia humana y cristiana junto a sus muchos amigos, a sus colegas, a sus alumnos, en los momentos buenos y en los malos. De este último capítulo soy testigo de excepción. Pero sí conviene decir hoy en alta voz que en la raíz de todas sus ambiciones y quehaceres profesionales –por los que le tributamos este homenaje–, ha estado esa llamada de Dios. “La obra de un gran hombre –decía uno de sus discípulos de Don Ramón Menéndez Pidal– no puede ser ejemplar si no ha sido ejemplar en su vida”; y sólo si sus decisiones, y sobre todo sus grandes decisiones, están orientadas a poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas, esa obra merece la pena. Pues bien, la tarea universitaria y científica de Don Valentín siempre ha tenido esa motivación íntima en su raíz y su desarrollo.

Su primera decisión importante fue la de no estudiar Derecho, que era la tradición de la familia, sino Filosofía y Letras, aún a sabiendas de que esta carrera no iba a hacer de él nunca un hombre rico o poderoso. ¡Buscar la sabiduría antes que la riqueza o el poder! ¡Qué cosa más natural al hombre y, sin embargo, menos entendida hoy en día!. Otra decisión importante fue la que le llevó a dedicarse a la Historia Económica. Fue en Zaragoza, después de su estancia en Francia, cuando se planteó si su camino no era la Historia Económica: un campo prácticamente virgen en España, eso le atraía, pero también otra consideración, que nos recordaba hace poco: “que en un momento en que el marxismo estaba en pleno auge y en el que muchos cristianos se retiraban de lo económico por no caer en él, a mí me parecía que era perfectamente recuperable (...) y que ahí podía demostrar que se puede hacer historia económica sin ser marxista”.

De otra de sus decisiones –la de aceptar la invitación que le hizo la Universidad de Navarra– ya hemos hablado. Y la puesta en marcha de las Conversaciones Internacionales de Historia –con el acento puesto en los aspectos teóricos y metodológicos de nuestra ciencia– era el fruto de una preocupación tanto intelectual como doctrinal: de esa preocupación única por la búsqueda de la verdad. No es éste el momento de analizar su pensamiento histórico, pero sí de recordar que, en el centro de toda su obra, ha estado siempre, cada vez más a medida que transcurrían los años, la persona humana libre, la “libre capacidad decisoria –como escribía en aquellas primeras Conversaciones Internacionales de Historia– del alma humana”.

Pero no son sólo las grandes decisiones; es el ejemplo de una vida, firme en sus propias convicciones, tolerante con los demás. Una anécdota entre muchas es la de aquel catedrático italiano amigo suyo, del Partido Comunista. “Un hombre bueno –recuerda D. Valentín–. Íbamos a visitar monumentos en Génova y entrábamos en iglesias. Yo me arrodillaba ante el Santísimo, él no se arrodillaba y salía primero”, pero, en buena armonía, seguían su camino genovés. El respeto a las opiniones y decisiones de los demás ha sido una constante que le ha acompañado a lo largo de su vida.

El Fundador de la Universidad calibraba la importancia de los sabios. “¿Has visto las cumbres nevadas de las grandes montañas?”, le preguntó un día a un sacerdote amigo, D. Fidel Gómez Colomo. “Así –continuó diciendo– son las grandes ideas y las grandes inteligencias. Parecen distantes, ajenas, aisladas, pero de esa nieve proviene el agua que hace fructificar los valles”. A muchos ha llegado en estos largos años el agua de la sabiduría de D. Valentín.

Termino con unas palabras de otro gran hombre y profesor que puso los cimientos de esta Universidad, don Eduardo Ortiz de Landázuri "En cierta ocasión el Dr. Carlos Jiménez Díaz –inolvidable Presidente de nuestra Asociación de Amigos– le planteó a don Eduardo una difícil alternativa que resume perfectamente su pensamiento.

Estábamos los dos solos hablando de otra cosa y, de pronto, don Carlos le preguntó: "Oiga, si a Vd. le dieran a elegir entre ser Premio Nobel o ser santo, ¿qué escogería?. Me imagino que ser santo...". Yo le contesté rapidísimamente: "No, don Carlos. Esa elección no la puedo hacer, porque si yo quiero ser santo he de intentar ser Premio Nobel. No se trata de elegir entre una o entre otra dirección. Si yo me tengo que santificar en mi profesión, tengo que intentar por todos los medios ser Premio Nobel".

No hay Premio Nobel para los hijos de Clio, aunque Theodor Mommsen ganara el de Literatura. Pero, como escribe Lope de Vega, "el premio, aunque es forzoso desealle, más vale merecelle que alcanzalle". Y Don Valentín lo merece. Muchas gracias.

El Departamento de Historia se ha encargado que
gione la figura de don Valentín Vázquez de Prada como
"patriarca" de la Historia Moderna en la Universidad de
Navarra. Un homenaje público de publicación como el que
celebramos en ocasión inmejorable para dar a conocer,
desde diversas perspectivas, una vida de trabajo como
matriculación de Historia y de servicio a la universidad, de la
que muchos de nuestros hermanos sabrán testigos y benefici-
ciarios. Es oportuno, siempre, y más en estas momentos
solemnas y festivos de la vida, detenerse a recordar y
atrevete a proclamar lo que ordinariamente no alcan-
zamos a reconocer con claridad o a expresar convenientemente.
Por eso le agradezco al profesor Aquilino González
Ercio el que me haya comprometido, en nombre de sus
discípulos navarros, en esta doble tarea.

Todas las palabras decido usar la palabra para
destacar uno u otro aspecto de la labor universitaria de
don Valentín, es, sencillamente, para decirlo otra vez
gracias por esto o por lo de más allá; y, sin duda, lo haré
más particularmente con ocasión de esta fiesta. Si tengo la
fortuna de poder escribir estas líneas es por un privilegio
que me otorga la cordialidad de ser el más antiguo de sus
discípulos "modernistas" de la etapa yamplonesa. Por
ello, pues, me permito a guisa de homenaje vitalicio de
Universidad.

Alfredo Floristán Imízcoz

Profesor Titular de Historia Moderna

Ya lo conocí en 1972, como profesor de la asignatura
"Historia Universal", en el primer año de mi licenciatura.
Más tarde me inicié en la docencia como su ayudante y él

Tras una serie de palabras de don Juan Antonio
y después que pasó la bienvenida de esta Universidad,
don Eduardo Ortiz de Landaeche. En esta ocasión el
Dr. Carlos Huidobro Díaz, actual Presidente de
nuestra Asociación de Amigos, le planteó a don Eduardo
una difícil alternativa que resuena perfectamente en
pensamiento:

Estábamos los dos solos hablando de otra cosa y, de
pronto, don Carlos le preguntó: "Oiga, si a Ud. le dieran a
elegir entre ser Premio Nobel o ser santo, ¿qué escogería?
Me imagino que ser santo...". Yo le contesté rápidamente:
"No, don Carlos. Esa elección no la puedo hacer,
porque si yo quiero ser santo he de intentar ser Premio
Nobel. No se trata de elegir entre una o entre otra
dirección: si yo me tengo que santificar en mi profesión,
luego que me toque por todos los medios ser Premio Nobel".

No hay Premio Nobel para los hijos de Dios, aunque
Dios le regale en espíritu el de Literatura. Pero, como
señala Luis de Unzué, "el premio siempre es fortuito
donde, con tal suerte que alcance". Y Don
Valentín lo merece. Muchas gracias.

Alfredo Floristán Imizcoz
Profesor Titular de Historia Moderna

El Departamento de Historia me ha encargado que
glose la figura de don Valentín Vázquez de Prada como
"patriarca" de la Historia Moderna en la Universidad de
Navarra. Un homenaje público de jubilación como el que
celebramos es ocasión inmejorable para dar a conocer,
desde diversas perspectivas, una vida de trabajo como
catedrático de Historia y de servicio a la universidad, de la
que muchos de nosotros hemos sido testigos y benefi-
ciarios. Es oportuno siempre, y más en estos momentos
solemnes y festivos de la vida, detenerse a recordar y
atreverse a proclamar lo que ordinariamente no alcanza-
mos a reconocer con claridad o a expresar convenientemente.
Por eso le agradezco al profesor Agustín González
Enciso el que me haya comprometido, en nombre de sus
discípulos navarros, en esta doble tarea.

Todos hubiéramos deseado tomar la palabra para
destacar uno u otro aspecto de la labor universitaria de
don Valentín, o, sencillamente, para decirle otra vez
gracias por esto o por lo de más allá; y, sin duda, lo haremos
particularmente con ocasión de esta fiesta. Si tengo la
fortuna de poder escribir estas líneas es por un privilegio
que me otorga la casualidad de ser el más antiguo de sus
discípulos "modernistas" de la etapa pamplonesa. Por
añejo, pues, puedo representar a quienes hemos vivido la
Universidad de Navarra junto a él, como sus alumnos,
sus discípulos o sus colaboradores, desde principios de los
años setenta hasta hoy mismo.

Yo le conocí en 1972, como profesor de la asignatura
"Historia Universal", en el primer año de mi licenciatura.
Más tarde me inicié en la docencia como su ayudante y él

dirigió mi tesis doctoral. En 1986 me incorporé a la Universidad de Alcalá, pero me precio de haber mantenido un contacto estrecho, anudado de tantos lazos personales, intelectuales y familiares. Catorce años en la Universidad de Navarra y los mismos, exactamente, en la de Alcalá constituyen mi particular perspectiva al preparar esta conmemoración.

Es preciso comenzar por preguntarse por qué un joven y prestigioso catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Barcelona pudo dejar un Departamento con grandes posibilidades de proyección profesional y venir a una ciudad de provincias como Pamplona, para comenzar prácticamente desde cero. Pero esta cuestión, fundamental para comprender el arranque de la etapa de madurez de don Valentín, es harto delicada y debe abordarse mejor desde una confesión en primera persona. Lo que sí queremos hacer públicamente hoy sus discípulos navarros, como acto de justicia, es agradecerle que viniera con un sólido bagaje intelectual y con una decidida voluntad de servicio. Su injerto en la, por entonces, joven Facultad de Filosofía y Letras de Universidad de Navarra, ha dado frutos sazonados, cuya memoria quiero glosar.

Y el primero de entre todos ha sido una sólida docencia, sin duda la parte menos brillante y agradecida de la tarea universitaria. Somos muchos los que, año tras año, hemos llenado estas aulas y le hemos escuchado exponer con claridad y orden los grandes temas de la Historia Universal y de España. Ciertamente, sentía predilección por algunas cuestiones —mi curso intuyó rápidamente que era preciso estudiar a fondo la revuelta de Flandes contra Felipe II—, pero siempre se esforzó por abarcar todo el temario y no sólo aquello que pudiera convenirle. Le agradecemos que, con sacrificio personal, lo hiciera así en beneficio nuestro, y que su asistencia a clase fuese tan habitual como es imprevisible el tiempo de

nuestra ciudad. También quiero destacar que, con una liberalidad que le honra, ayudó a numerosas promociones de licenciados cuando preparaban sus temarios de oposiciones de Enseñanza Media.

Levantar un departamento desde la nada le llevó muchas horas. Era preciso atender, entre otras tareas rutinarias, a la compra de libros y de revistas para crear una biblioteca suficiente, y dirigir el trabajo de los becarios que elaboraban los ficheros bibliográficos, etcétera. Pero la laboriosidad es una virtud menor de don Valentín en comparación con su liberalidad personal. No creo que el paso del tiempo idealice demasiado, ni que mi experiencia alcalaina distorsione en exceso este testimonio sobre el ambiente que reinaba en el departamento entre 1977 y 1986. Don Valentín siempre estaba cerca, trabajando en lo suyo y supervisando la tarea común de los demás. Los ayudantes nos ocupábamos de las clases y trabajos prácticos y, ocasionalmente, le sustituíamos en algunas clases teóricas: adquiríamos una experiencia necesaria, sin que esto nos apartara de nuestra investigación. El trato personal se fortalecía a diario con el rito del café y la breve tertulia de media mañana, costumbre que se mantuvo inalterada y de la que guardo tan gratos recuerdos.

Hablo en nombre propio, pero supongo que interpreto la experiencia de quienes han trabajado cerca de don Valentín. Yo siempre me sentí libre a la hora de enfocar y de orientar mi investigación personal, cuyos borradores corrigió con diligencia. Me respaldó su buen criterio cuando hube de afrontar las primeras investigaciones sobre la Navarra de los siglos XVI-XVIII. Me ayudó cuando preparé las oposiciones universitarias, primero de adjunto y luego de titular de Alcalá. Me corresponsabilizó cuando asumí la docencia de mis primeras asignaturas, y se fió de mí cuando hubo que organizar cursos de posgrado, o que coordinar las Terceras Conversaciones Internacionales de

Historia. Quizás pueda pensarse que todo esto entra dentro de lo que debe hacer un profesor universitario con sus alumnos y discípulos, y en verdad así es. Pero reconocerlo y agradecerlo públicamente también es una justa correspondencia de los discípulos para con el maestro. Don Valentín, como el "siervo inútil" del Evangelio, puede preciarse de haber hecho con nosotros lo que tenía que hacer. Pero si hubiera de destacar algún rasgo de su trato para con sus discípulos, quisiera recordar el de la generosidad y el respeto personal.

Somos muchos lo que podemos testimoniarlos. Ignacio Olábarri y Javier Paredes elaboraron las primeras tesis que dirigió don Valentín en Pamplona, ambas en Historia Contemporánea. Las tesis modernistas llegaron un poco después: Alfredo Floristán, José M^a Bañuelos, José Fermín Garralda, José M^a Sesé, Ana Azcona, Ana Zabalza, Jesús M^a Usunáriz, Sergio Solbes Ferri, José Miguel Aramburu, Rocío García Bourrellier, si no he olvidado ninguna. Y no menciono una larga serie de Memorias de licenciatura por no exceder lo prudente.

Don Valentín era muy consciente del atraso que, por diversos motivos, padecía la historia del reino de Navarra de los siglos XVI-XVIII, y orientó la investigación personal de sus alumnos y colectiva del Departamento en esa dirección. No faltaban fuentes documentales excelentes, bien conservadas y catalogadas en archivos de Pamplona, con las que pudimos trabajar un territorio casi del todo inexplorado. Hoy sabemos infinitamente más, y mucho mejor, sobre la evolución demográfica, sobre los cambios económicos, sobre las particularidades y evolución de los principales grupos sociales, sobre las instituciones de gobierno y el juego político. Como Investigador Principal, ha coordinado varios proyectos subvencionados por el Ministerio y por el Gobierno de Navarra: sobre las Cortes y su pugna con el poder central (1700-1829): sobre el papel

del reino en la crisis de unidad de la Monarquía española en el siglo XVII; sobre la sociedad navarra y su influjo en la corte (siglos XVII-XVIII); sobre la fiscalidad de Antiguo Régimen en sus diversas facetas. La primera publicación colectiva que él impulsó –*Cuestiones de Historia Moderna y Contemporánea de Navarra* (1986)– parece hoy diminuta en comparación con un trabajo monumental sobre *Las Cortes de Navarra desde su incorporación a la Corona de Castilla* (1993) en dos volúmenes que él dirigió, o con la riqueza metodológica y de perspectivas de *Navarra 1500-1850 (Trayectoria de una sociedad olvidada)*, animada por sus discípulos más jóvenes (1994).

Don Valentín, como director, ha aportado a la Historia Moderna de Navarra algo fundamental, en el sentido más estricto del término. Su tarea ha podido pasar desapercibida –y creo, en efecto, que así ha sido para muchos en esta ciudad–, quizás porque era demasiado básica para ser apreciada por quienes no la veían de cerca. Por eso hoy tenemos una magnífica ocasión para proclamarle como auténtico "patriarca" de la Historia Moderna de Navarra. Es verdad que no consta su nombre en la revista "Príncipe de Viana" o en los "Congresos de Historia de Navarra"; tampoco es autor directo de las primeras síntesis divulgativas o de las grandes monografías sobre el reino en los siglos XVI-XVIII, que hemos firmado sus discípulos. A don Valentín no lo veíamos en la sala de la Biblioteca o del Archivo General de Navarra, aunque le unía una entrañable amistad con su director. Probablemente, porque estaba ocupado en preparar su participación en algún congreso internacional, o porque había acudido a las Semanas de Historia Económica de Pratto. Puede que le entretuviese por entonces la dirección de una gran obra de síntesis, como el tomo VI de la *Historia de España y América* (Rialp), o que redactara los tomos VII y VIII de la *Historia Universal* (Eunsa), que preparara el volumen III

de la *Historia Económica y Social de España* (Confederación Española de Cajas de Ahorros) o una *Historia Económica Mundial*. O, simplemente, puede ser que estuviera volcado en la preparación de alguna de las cinco "Conversaciones Internacionales de Historia", esos singulares congresos cuya trascendencia otros testigos más cualificados valorarán mejor que yo.

Rigor metodológico, amplitud de perspectivas, esfuerzo comparativo: este era el humus que necesitaba la Historia Moderna de Navarra para crecer vigorosamente, y nos lo proporcionó con generosidad don Valentín con su magisterio diario. El injerto de los discípulos se benefició de la vitalidad de la cepa, sin la que los sarmientos no pueden prosperar.

Y, ahora que ha podido traspasar la carga de la tarea académica diaria a un eficazísimo director como lo es Agustín González Enciso, ha retomado los amores de su juventud por Felipe II y Francia. Es uno de mis recuerdos personales más recientes de don Valentín, y un icono de su lozanía al final de la vida académica: en el Archivo de Simancas y armado de un ordenador portátil.

Entiendo -y así me sale del corazón- que mis primeras palabras tienen que ser de agradecimiento. En primer lugar, a la Facultad de Filosofía y Letras, y a la Universidad de Navarra por este acto. A los organizadores -muy especialmente a Jesús María Utreras-, que tiempo y atención han prestado. A los discípulos -ya verdaderos maestros- que acaban de intervenir, trazando su perfil académico. A los colegas y amigos, que han contribuido, con gentileza y generosidad inagotables, en el volumen de homenajes. A los aquí presentes, que habéis querido acompañarme en día tan señalado. A quienes, habiéndolo deseado, y que por diversas razones no han podido estar. Y, muy especialmente, a vosotros, hijos, nietos y hermanos, cuya presencia me llena de particular alegría.

Un acto de esta naturaleza invita al homenajeado a dirigir su mirada hacia su pasado. Así lo habéis hecho vosotros, exponiendo los méritos que -cuesta largo- Yo voy a hacer algo parecido: recordar, como en soliloquio, pero en voz alta, la trayectoria de mi vida, cuasir de hechos, aparentemente casuales, pero deunados amorosamente por la mano de Dios. Soy consciente de que dobo superar un natural pudor, pero me atrevo a ello, seguro de que serviré.

Valentín Vázquez de Prada

Catedrático de Historia Moderna

Nació en San Sebastián el 18 de mayo de 1908, donde realizó sus estudios primarios y secundarios. En 1926 se trasladó a Valladolid, donde ingresó en el Colegio de los Hermanos de la Doctrina Cristiana de Valladolid donde

de la Historia Económica y Social de España (Confederación Española de Cajas de Ahorro) y una Historia Económica Mundial. O, simplemente, puede ser que estuviera volando en la preparación de alguna de las otras "Conferencias Internacionales de Historia", con alguna otra conferencia cuya trascendencia como historia más cualificada valiera mejor que yo.

Rigor metodológico, amplitud de perspectivas, esfuerzo comparativo: era el espíritu que necesitaba la Historia Moderna de Navarra para crecer vigorosamente, y así lo propiciaba con generosidad don Valentín con su magisterio diario. El injerto de los discípulos se benefició de la vitalidad de la obra, sin la que los seminarios no pueden prosperar.

Y, ahora que he podido transferir la carga de la tarea académica diaria a un asistente director como lo es Agustín González Enciso, he recordado los años de su juventud por Felipe II y Francia. De uno de sus recuerdos personales más recientes de don Valentín, y un libro de su infancia al final de la vida académica en el Archivo de Simancas y acceso de un profesor por él.

Valentín Vázquez de Prada
Catedrático de Historia Moderna

del momento, pero me sale del corazón que mis primeras palabras tienen que ser de agradecimiento. En primer lugar, a la Facultad de Filosofía y Letras, y a la Universidad de Navarra por este acto. A los organizadores -muy especialmente a Jesús Mari Usunáriz-, que tanto tiempo y atención han prestado. A los discípulos -ya verdaderos maestros-, que acaban de intervenir, trazando mi perfil académico. A los colegas y amigos, que han contribuido, con gentileza y generosidad impagables, en el volumen de homenaje. A los aquí presentes, que habéis querido acompañarme en día tan señalado. A cuantos, habiéndolo deseado, y que por diversas razones no han podido estar. Y, muy especialmente, a vosotros, hijos, nietos y hermanos, cuya presencia me llena de particular alegría.

Entiendo -y así me sale del corazón- que mis primeras palabras tienen que ser de agradecimiento. En primer lugar, a la Facultad de Filosofía y Letras, y a la Universidad de Navarra por este acto. A los organizadores -muy especialmente a Jesús Mari Usunáriz-, que tanto tiempo y atención han prestado. A los discípulos -ya verdaderos maestros-, que acaban de intervenir, trazando mi perfil académico. A los colegas y amigos, que han contribuido, con gentileza y generosidad impagables, en el volumen de homenaje. A los aquí presentes, que habéis querido acompañarme en día tan señalado. A cuantos, habiéndolo deseado, y que por diversas razones no han podido estar. Y, muy especialmente, a vosotros, hijos, nietos y hermanos, cuya presencia me llena de particular alegría.

Un acto de esta naturaleza invita al homenajeado a dirigir su mirada hacia su pasado. Así lo habéis hecho vosotros, exponiendo los méritos que creéis tengo. Yo voy a hacer algo parecido: recordar, como en soliloquio, pero en voz alta, la trayectoria de mi vida, rosario de hechos, aparentemente casuales, pero delineados amorosamente por la mano de Dios. Soy consciente de que debo superar un natural pudor, pero me atrevo a ello, seguro de que sabréis comprenderme, y, en su caso, disculparme.

Nací en el seno de una familia castellano-leonesa, donde recibí la fe y el sentido trascendente de la vida, y me inculcaron unos hábitos de sobriedad, de disciplina, de cumplimiento del deber, rubricados en el colegio de los Hermanos de la Doctrina Cristiana de Valladolid donde

cursé el Bachillerato. Estos principios fundamentales han sido mi norte y guía.

Vinieron después los estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid, recién acabada nuestra contienda civil, y metidos en plena guerra mundial. Los profesores, aunque personalmente intachables, un poco anticuados en sus saberes o muy jóvenes todavía. Libros, muy pocos. Usábamos los imprescindibles manuales.

Fueron aquellos años duros, austeros, de trabajo intenso, pero en modo alguno infelices. No disponíamos de un real, pero tampoco lo echábamos demasiado de menos. Nuestras diversiones eran sencillas, alegres. Atribuyo aquella normalidad, a pesar de las muchas carencias materiales, a los sólidos valores morales de que estábamos imbuidos. En aquella Facultad, conocería a la que sería mi compañera y madre de mis hijos.

Tuve claro muy pronto que mi vocación profesional era la docencia universitaria. Pero también que era urgente encontrar un medio de vida. Preparé, al mismo tiempo que oposiciones a Enseñanza Media, la Tesis Doctoral, sobre Felipe II y Francia, en el riquísimo venero del Archivo de Simancas. La suerte me acompañó, pues al segundo intento logré una plaza mejor que la que podía haber conseguido en el primero: la del Instituto de Oviedo, ciudad universitaria, en la que pude, al menos en la humilde condición de Ayudante, pertenecer al claustro de la Facultad de Filosofía y Letras. En Oviedo estuve poco tiempo. Pero no he olvidado las agradables tertulias en el café Principal, a las que asistíamos profesores y eruditos locales, y en las que se prodigaba el ingenio socarrón, pero nunca lacerante, ovetense. Recuerdo la simpática figura de D. Juan Uría, más a su gusto ante la botella de sidra de un chigre, y la cordialidad señorial de D. Ramón Prieto

Bances. Durante unos meses conviví, en una pulcra y acogedora pensión, con don Carmelo de Diego, juez entonces de Pola de Lena.

Vino enseguida el encuentro con Fernand Braudel y mi estancia en París, en la prestigiosa Escuela de *Annales*. No voy a referirme a esta etapa, pues pienso que es más conocida, y, sobre todo, mi relato se haría demasiado largo. Simplemente diré que en París se abrieron, al joven provinciano que era, inesperados horizontes culturales, y se transformó completamente mi visión historiográfica. De entonces arrancan también mis contactos internacionales.

Cuando regresé a España, por el azar de una triple permuta, me había convertido en catedrático del Instituto de Zaragoza, algo inusitado para una persona de mi edad. Entonces el escalafón contaba mucho, y el Goya de Zaragoza era un Instituto de término, como se decía en el argot profesional. En este centro recuerdo, como alumno de Preuniversitario, a Rafael Jordana, ahora compañero en la Facultad de Ciencias.

También, como Profesor Adjunto, pertencí al claustro de la Facultad de Filosofía y Letras, junto a conocidos historiadores como D. José María Lacarra, Carlos Corona Baratech, o geógrafos como José Manuel Casas Torres. Conocí también a Alfredo Floristán Samames, a Manuel Ferrer y a Angel Martín Duque, a quienes me encontraría aquí al cabo de los años. Y, como brillantísima alumna, a Ana Mari Navarro, después, algún tiempo, Ayudante mía en el Instituto, y, ya casada con Manolo, apreciados amigos en Bilbao. Mi etapa de Zaragoza la recuerdo como muy agradable. La cordialidad aragonesa hacía fácil el trato con todos. Además, allí nacieron mis primeros cuatro hijos, bautizados en El Pilar por D. José Orlandis, profesor en la

Facultad de Derecho, quien no se olvida de ellos y continúa brindándome su consejo y afecto.

En 1959 había conseguido la cátedra de Barcelona, dónde permanecería doce años. Una vez más tuve inmensa suerte, pues el problema de la vivienda no era fácil de resolver para un profesor universitario que venía a instalarse en la gran ciudad. Sin embargo, justamente en aquel momento, el Ministerio había adquirido un edificio para profesores, en una de las zonas residenciales de la ciudad, y con precio de alquiler muy razonable.

En Barcelona coincidí, unos pocos meses, pues ya estaba tocado de la grave enfermedad de la que fallecería, con Vicens Vives, con Luis Pericot, con Juan Maluquer, con Emilio Sáez, con Carlos Seco y otros historiadores, así como compañeros de otras ramas del saber que sería demasiado largo enumerar. Estaba ya en el Departamento Emilio Giralt, que pasaría a Contemporánea. Vino después, como Profesor Agregado, José Manuel Cuenca, que trajo consigo a un joven, callado, discreto, que se llamaba Jesús Longares. Conocí también a don Emilio Redondo y a Angel Raimundo Fernández, que como decano de la Sección de Palma de Mallorca, dependiente entonces de la de Barcelona, venía a asistir a algunas Juntas de Facultad.

La estancia en Barcelona me enriqueció enormemente. Admiré el seny catalán, su espíritu de empresa, abierto hacia toda novedad. Y, a través de las peculiaridades de Cataluña, adquirí una visión más completa y cabal de la historia de España. La vida académica me pareció elevada, creativa, bien organizada.

Allí tuve propiamente mis primeros discípulos en la Facultad de Letras, de los que hablaré después. Y en la Facultad de Económicas, a brillantes alumnos, hoy ilustres profesores o ejecutivos aquí, como Josep Saranyana, Antonio Argandoña y José María Aymerich.

En esta Universidad de Navarra he encontrado un envidiable sosiego para el trabajo, una enorme cordialidad y generosa ayuda por parte de todos. A mi llegada era Rector Francisco Ponz, compañero en Barcelona, y Vicerector Ismael Sánchez Bella, que se volcó, con su entusiasmo proverbial e inefable, en atenciones a mis hijos. A mí no me acogieron con menos cariño y delicadeza. Referiré un significativo detalle. Tenía —y sigo teniendo— una dolencia de la columna vertebral, para la que el Doctor Cañadell me recomendó la práctica de ejercicio físico, natación preferentemente. Comencé, pero me daba pereza. En la casa donde entonces vivíamos, habitaba también un profesor de la Facultad de Teología, D. Amador García Bañón, que a las siete de la mañana, no se olvidaba de telefonarme para ir juntos en mi coche a la piscina. Yo creía que él también necesitaba ejercicio, hasta que un día, cuando ya estaba habituado, gracias a su amable insistencia, con cierta excusa, dejó de acompañarme. Entonces se me abrieron los ojos.

No conocía esta Universidad. Algo había entrevistado en algunas visitas ocasionales, y con motivo de algunas conferencias, amablemente invitado por Antonio Fontán, Decano de la Facultad. Al cabo del tiempo la he ido descubriendo, o me han ayudado a descubrirla. Así, a poco de incorporarme, comentando cierta dificultad con Alvaro d'Ors, me respondió, con una convicción que me pareció absoluta: "No te preocupes. Esta Universidad es un milagro". Aquellas palabras me han servido muchas veces en similares momentos de desánimo.

En un principio pensé que, en una ciudad pequeña como era entonces Pamplona, en una Universidad con escasos medios, me iba a encontrar un tanto aislado, alicortado. Sin embargo, no ha sido así. Mis relaciones con otros colegas españoles, y sobre todo de otros países, han sido más amplias e intensas de lo que suponía. Todo ello

unido a la satisfacción de ver como la Universidad iba creciendo en proporciones, en calidad científica y en estima general.

Permitidme ahora recordar y expresar mi particular gratitud hacia ciertas personas que pienso han influido determinantemente en mi formación humana y espiritual. He hablado de mi querida familia de sangre. De ella me siento obligado a destacar a mi madre, ejemplo de entrega generosa, de sacrificio, de cumplimiento del deber. De mis años universitarios no puedo dejar de referirme al capellán del Colegio Mayor Santa Cruz. Un jesuíta sabio, santo, generoso, el P. Jesús del Portillo. De él aprendí mucho, y no sólo en el terreno espiritual. El me acercó, sin apenas conocerlo, al que sería mi definitivo camino. Mi hermano Andrés, y otras dos personas, el arquitecto César Ortiz de Echagüe, hoy sacerdote en Alemania, y D. Amadeo de Fuenmayor, que se desplazaban por aquellos años desde Madrid a Valladolid, por motivos apostólicos, me adentraron en dicho camino. Desde entonces, en él he hallado luz, apoyo y alegría. No hay que decir cuánto debo al Beato Josemaría Escrivá y a don Alvaro del Portillo, que siguieron mi vida de cerca, al actual Prelado del Opus Dei, y, por supuesto, a aquellos de sus hijos que han contribuido, y contribuyen, a mi formación.

Imposible olvidar a mi esposa. A través de ella entré en una familia, vasca por los cuatro costados, muy distinta, pero con no menos virtudes que la mía de sangre. Ella ha modelado de manera muy profunda mi personalidad. Y aunque desaparecida físicamente pronto, ha seguido ayudándome hasta hoy.

Mis maravillosos hijos me han enseñado también mucho: paciencia, comprensión, otros puntos de vista sobre el mundo. ¡Cuántas veces, siendo aún pequeños,

ante situaciones de indecisión, –sin ellos enterarse del todo– mi guía fue escucharles, oír sus opiniones! Después, ya mayores, me han dado muchas satisfacciones. Les estoy muy agradecido y me siento muy orgulloso de ellos.

Incluyo en este apartado también a mis alumnos y a mis discípulos. De los alumnos, un profesor aprende siempre. Son el otro del diálogo, que colabora con la escucha atenta, que incita a no defraudarles. Han sido muchos, a lo largo de medio siglo de docencia. Aquí, en Pamplona, naturalmente, recuerdo a más, aunque reconozco mejor sus caras que sus nombres. En cualquier caso, me produce profunda alegría el encontrarlos, o cuando se me presentan ellos mismos, a veces en lugares y situaciones inesperadas.

Los discípulos son, en cierto modo, criaturas de uno. El trato con ellos ha sido más intenso; sus problemas son en buena parte los problemas de uno. Su porvenir profesional y personal también. Pronto, los que son constantes, superan al maestro en sabiduría, y éste se alegra de sus triunfos.

En Barcelona –aparte de Elisa Luque Alcaide que pronto se fue a Roma–, tres fueron mis primeros discípulos: Pedro Molas, Fernando Sánchez Marcos y Eduardo Escartín. También Carlos Martínez Shaw y María Angeles Pérez Samper, a la que agradezco particularmente su intervención.

De discípulos y colaboradores de esta Universidad no cito nombres, por ser sobradamente conocidos. A uno de ellos –tanto han debido oírme hablar de él–, mis hijos le consideran su sexto hermano. Los padres de otro comparten frecuentemente conmigo la satisfacción de sus triunfos. El resto no me son menos queridos.

Este entrañable acto está ligado a mi Jubilación. He de confesar que, aunque dicen que viene de júbilo, no suscitó en mi entusiasmo alguno. Bien es verdad que tardé poco tiempo en recuperarme. A ello ha contribuido no poco el que la Universidad me haya permitido seguir utilizando los servicios universitarios, lo que agradezco sinceramente, en particular en las personas del Decano, Ángel Luis González y del Director del Departamento de Historia, Agustín González Enciso.

Procuro seguir trabajando como antes. Mi salud física y mental me lo permiten. En buena medida, este trabajo es mi *hobby*. Investigo con la misma ilusión que hace años. Con más calma, con mayor cuidado también. Me parece haber vuelto al comienzo de mi carrera, rejuvenecido cincuenta años, pues estoy rehaciendo aquella Tesis Doctoral, a la que me he referido, y que no llegué a publicar entonces. Vivo tranquilo y feliz.

Termino con una súplica: de todo corazón, os pido que me ayudéis a dar gracias a Dios por ello.

Quinto Profesor Vázquez de Fiala,
Rector de la Universidad de Navarra,
Estimado D. Legido,
Señoras y señores

En una reciente entrevista, preguntaban al Gran Cancellero, Monseñor Javier Echevarría, de la Universidad de Navarra del año 2000 en la que inauguró su Fundador, Josemaría Escrivá de Balaguer. Una pregunta interesante, sin duda alguna: Y el Gran Cancellero no dudó en responder afirmativamente, lo que supone para quienes hoy nos reunimos aquí motivo de sano orgullo y un estímulo. Y añadió: "El beato Josemaría nos contó muchas veces sus sueños sobre la Universidad de Navarra: un lugar de estudio sereno, de libertad, de convivencia, de servicio. Estoy seguro -sigue nuestro Gran Cancellero- de que gozará hoy, momentos de reposo y conversando con profesores, empleados y alumnos, como le ocurrió durante el curso de sus estudios en esta universidad. Pero también sobre todo viendo que la Universidad reanuda su vida y trabaja en la excelencia y de los valores".

José M^a Bastero de Eleizalde
Rector de la Universidad de Navarra

El
de Fiala
generar contribución a esta hermosa aventura que es la Universidad de Navarra. Por tanto, mi primer deber hoy es dar las gracias a D. Valentín, en nombre de la Univer-

¹ "Nuevo Tiempo", 1999, número de mayo, pág. 28.

Querido Profesor Vázquez de Prada,
Ilustrísimo Señor Decano,
Estimados colegas,
Señoras y señores:

En una reciente entrevista, preguntaban al Gran Canciller, Monseñor Javier Echevarría, si la Universidad de Navarra del año 2000 es la que imaginó su Fundador, Josemaría Escrivá de Balaguer. Una pregunta interesante, sin duda alguna. Y el Gran Canciller no dudó en responder afirmativamente, lo que supone para quienes hoy nos reunimos aquí, motivo de sano orgullo y un estímulo. Y añadía: "El beato Josemaría nos contó muchas veces sus *sueños* sobre la Universidad de Navarra: un lugar de estudio sereno, de libertad, de convivencia, de servicio. Estoy seguro –sigue nuestro Gran Canciller– de que gozaría hoy, recorriendo el *campus* y conversando con profesores, empleados y alumnos, como le ocurrió muchas veces en los comienzos de esta aventura. Pero disfrutaría sobre todo viendo que la Universidad renace cada día del trabajo, de la oración y de los *sueños* –concluía– de los que ahí trabajáis"¹.

El homenaje que hoy tributamos al Profesor Vázquez de Prada es, sobre todo, un acto de agradecimiento por su generosa contribución a esta hermosa aventura que es la Universidad de Navarra. Por tanto, mi primer deber hoy es dar las gracias a D. Valentín, en nombre de la Univer-

¹ "Nuestro Tiempo", enero-febrero de 2000, pág. 40.

sidad, por su extraordinario servicio a nuestra *alma mater* a lo largo de casi tres décadas. Lo hago de todo corazón, aunque consciente de los límites que tiene el agradecimiento humano, sobre todo cuando, como en el caso de D. Valentín, se agradece un servicio cuajado de méritos, los que han descrito quienes me precedieron en el uso de la palabra, y tantos otros que no hay tiempo de glosar.

De su trayectoria como historiador ya han hablado —y muy bien, por cierto—, quienes tienen más conocimiento que yo. Sin embargo, sí quisiera ponderar un rasgo definitorio de su personalidad intelectual, por lo que tiene de ejemplar para nuestra corporación universitaria. Esa característica es el rigor. No me refiero, claro está, a la acepción de la palabra que significa dureza o severidad, pues la cortesía de D. Valentín es proverbial, sino al rigor académico de su trabajo, a la exactitud que caracteriza su obra. Para todos los que le conocen, resulta claro que la razón profunda de ese rigor es su amor por la verdad, elemento esencial del espíritu universitario.

Ciertamente, a D. Valentín le mueve una insobornable pasión por la verdad histórica. Resulta ocioso decir a este auditorio que obtener y exponer esa verdad presenta enormes dificultades, a las que D. Valentín se ha enfrentado con los medios propios del historiador: un completo dominio de la bibliografía y una exhaustiva labor documental. Un colega suyo, admirador de su precisión y minuciosidad, me comentaba una frase que ilustra bien el estilo científico del Profesor Vázquez de Prada: "Para D. Valentín, en la Historia no hay cosas opinables. Simplemente, se saben o no se saben".

También creo que ésta es la ocasión propicia para resaltar su labor docente. En *Mar sin caminos*, el poeta Juan Ramón Jiménez proponía un desafío a los historiadores al escribir que "todos los siglos vuelven, ano-

checiendo, a su belleza"². Como nos han explicado hoy sus antiguos alumnos, en la docencia del profesor Vázquez de Prada brilla la belleza de los siglos modernos, consecuencia de su entusiasmo por un tiempo histórico de gran trascendencia, en el que es una autoridad reconocida. Sus clases, de las que han disfrutado varias generaciones de historiadores, conforman un precioso legado, quizá carente de la notoriedad de la investigación científica, pero que tiene un inmenso valor. Sobre todo ahora, cuando en diversos ámbitos universitarios se extiende la idea de que resulta incompatible desarrollar una tarea investigadora de excelencia y, a la vez, ejercer una labor docente rigurosa. La trayectoria del Profesor Vázquez de Prada constituye un magnífico ejemplo de que esas esferas del trabajo universitario no son independientes, ni mucho menos contrapuestas; más aún, están llamadas a potenciarse recíprocamente, si no se quiere desvirtuar la institución universitaria.

Hay otros aspectos verdaderamente meritorios de la vida académica de D. Valentín, que, aunque ya se han mencionado, no puedo por menos que ponderar. Ahí está, por ejemplo, su actividad al frente del Departamento de Historia Moderna de la Facultad de Filosofía y Letras, en el que se formaron con solidez historiadores que hoy son profesores en varias universidades y que constituyen tal vez, en el orden científico, su herencia más fecunda. Tampoco se puede olvidar su contribución fundamental a la Historia Moderna de Navarra, o su cultivo de las relaciones internacionales, a través, sobre todo, de su presencia en la Junta Directiva de los Congresos de Prato —los más prestigiosos en el campo de la Historia Económica Moderna— y las Conversaciones Internacio-

² *Antología poética*. Juan Ramón Jiménez (selección de Eugenio Florit). Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1999, pág. 249.

nales de Historia que se organizan en nuestra universidad cada cuatro años.

Podríamos seguir, porque la vida de nuestro homenajeado da mucho de sí, pero conviene ir terminando. Además, no quiero producir en ustedes el mismo efecto que causaron unos sermones al personaje histórico predilecto de D. Valentín, Felipe II, quien escribió en cierta ocasión a una de sus hijas: "También aquí hemos tenido otros dos sermones los mismos días que ahí; (...) y no sé qué fue que se me hicieron los dos más largos sermones que he oído en mi vida, aunque dormí parte de ellos"³. Termino, por tanto, y lo hago como es de justicia: reiterando el agradecimiento de la Universidad de Navarra a D. Valentín Vazquez de Prada, cuya lealtad a su vocación universitaria es un ejemplo para todos.

Muchas gracias.

³ *Cartas de Felipe II a sus hijas*. Fernando Bouza (ed). Akal ediciones, Madrid, 1998, pág. 113.

TABVLA GRATVLATORIA

José M^a BASTERO DE ELEIZALDE
Rector Magnífico de la Universidad de Navarra

Enrique Alarcón Moreno <i>Universidad de Navarra</i>	Mariano Artigas Mayayo <i>Universidad de Navarra</i>
Pilar Alcalde García <i>Fundación Santa María la Real. Palencia</i>	Santiago Aurell Cardona <i>Universidad de Navarra</i>
Quintín Aldea Vaquero <i>Real Academia de la Historia</i>	José M ^a Aymerich Llecha <i>Universidad de Navarra</i>
Concepción Alonso del Real Montes <i>Universidad de Navarra</i>	José Javier Azanza López <i>Universidad de Navarra</i>
Francisco Altarejos Masota <i>Universidad de Navarra</i>	Javier Baleztena Abarrategui <i>Archivo General de Navarra</i>
Félix Alvarez de la Vega <i>Universidad de Navarra</i>	Juan Ignacio Bañares Parera <i>Universidad de Navarra</i>
Rafael Alvira Domínguez <i>Universidad de Navarra</i>	José María Bañuelos Martínez <i>Logroño</i>
Juan Bosco Amores Carredano <i>Universidad de Navarra</i>	Baudilio Barreiro <i>Universidad de A Coruña</i>
Angela Aparisi Miralles <i>Universidad de Navarra</i>	M ^a Eugenia Barrio Valencia <i>Universidad de Navarra</i>
Ignacio Arana Pérez <i>Universidad del País Vasco</i>	B. H.Slicher Van Bath <i>Wageningen - The Netherlands</i>
Luis Ignacio Arechederra Aranzadi <i>Universidad de Navarra</i>	Miguel Batllori Munné S.J. <i>Real Academia de la Historia</i>
Ignacio Arellano Ayuso <i>Universidad de Navarra</i>	M ^a Amor Beguiristáin Gúrpide <i>Universidad de Navarra</i>
Karl Otmar Freiherr von Aretin <i>Institut für Europäische Geschichte. Universität Mainz</i>	Raffaele Belvederi <i>Università di Genova</i>
José A. Armillas Vicente <i>Universidad de Zaragoza</i>	Eloy Benito Ruano <i>Real Academia de la Historia</i>

- Bartolomé Bennassar
Université de Toulouse – Le Mirail
- Jean-François Bergier
*Institut für Geschichte – ETH Zentrum
Zurich*
- José Manuel de Bernardo Arés
Universidad de Córdoba
- Antonio de Béthencourt Massieu
*Universidad de Las Palmas de Gran
Canaria*
- Michael Bibikov
Russian Academie of Sciences
- Maria Bogucka
Instytut Historii Pan. Polonia
- José Eugenio Borao
Taipei - Taiwan
- Pedro Borges Morán
Universidad Complutense
- Luis Borobio Navarro
Universidad de Navarra
- Peter Burke
University of Cambridge
- Paul Butel
*Université Michel Montaigne
Bordeaux III*
- Alberto Cañada Juste
Universidad de Navarra
- Jose Cañadell
Universidad de Navarra
- Charles-Olivier Carbonell
Université Paul Valéry Montpellier III
- Manuel Casado Velarde
Vicerrector. Universidad de Navarra
- José Manuel Casas Torres
Universidad Complutense
- James Casey
University of East Anglia
- Francisco J. Caspistegui Gorasurreta
Universidad de Navarra
- Michele Cassandro
Università degli Studi di Siena
- Amparo Castiella Rodríguez
Universidad de Navarra
- André Corvisier
Université de Paris - Sorbonne
- Mario Del Treppo
*Università degli Studi di Napoli
Federico II*
- Roberto Delle Donne
*Università degli Studi di Napoli
Federico II*
- Onésimo Díaz Hernández
Universidad de Navarra
- Carmelo de Diego Lora
Universidad de Navarra
- Purificación Díez Goñi
Universidad de Navarra
- Cristina Díz-Lois Martínez
Universidad de Navarra
- Antonio Domínguez Ortiz
Real Academia de la Historia
- Álvaro D'Ors
Universidad de Navarra
- Miguel Ángel Echevarría Bacigalupe
Universidad del País Vasco
- Antonio Eiras Roel
Universidad de Santiago de Compostela
- John H. Elliott
Oxford University
- Luis Miguel Enciso
Universidad Complutense
- Alban d' Entremont
Universidad de Navarra
- Hildegard Ernst
Johannes-Gutenberg. Universität Mainz
- Carmen Erro Gasca
Universidad de Navarra
- Eduardo Escartín Sánchez
Universidad de Barcelona
- Ronald Escobedo Mansilla
Universidad del País Vasco
- María de la Candela Español Bosch
Tarragona
- Tommaso Fanfani
Università degli Studi di Pisa
- Angel Faus Belau
Universidad de Navarra
- José Antonio Fernández
Universidad de Navarra
- Manuel Fernández Álvarez
Real Academia de la Historia
- Jose Luis Fernández Rodríguez
Universidad de Navarra
- Clara Fernández-Ladreda Aguade
Universidad de Navarra
- Alvaro Ferrary Ojeda
Universidad de Navarra
- Manuel Ferrer Regales
Universidad de Navarra
- John Fisher
*Institute of Latin American Studies
University of Liverpool*
- Alfredo Floristán Imúzcoz
Universidad de Alcalá
- Alfredo Floristán Samanes
Universidad de Navarra
- Luis Adao da Fonseca
Universidade do Porto
- Antonio Fontán Pérez
Universidad Complutense
- Juan Fornés de la Rosa
Universidad de Navarra
- Mercedes Galán Lorda
Universidad de Navarra
- Raquel García Arancón
Universidad de Navarra
- Rocío García Bourrellier
Universidad de Navarra
- Concepción García Gainza
Universidad de Navarra
- Santos García Larragueta
Universidad de Navarra
- Alfonso José García Martín
Granada
- Antonio García Valcarce
Universidad de Navarra
- Ruth Mª García-Alonso Montoya
Valladolid
- Pedro Gil Sotres
Universidad de Navarra
- Enrique Giménez López
Universidad de Alicante
- Ángel Luis González
Universidad de Navarra
- Agustín González Enciso
Universidad de Navarra
- José Luis González Novalín
Iglesia Nacional Española de Roma
- Fernando González Ollé
Universidad de Navarra
- César González Sáinz
Universidad de Cantabria
- José Luis González Simancas Lacasa
Universidad de Navarra
- Lourdes Gordillo Alvarez-Valdés
Universidad de Murcia

Teresa Gorriá Asurmendi
Pamplona

François Xavier Guerra
Université de Paris I

Gustav Henningsen
Dansk Folkemindesamling

Conchita Hernández Escayola
Universidad de Navarra

Esteban Hernández Esteve
AECA - España

María Hernández-Sampelayo
Madrid

Javier Hervada Xiberta
Universidad de Navarra

José A. Ibáñez-Martín
Universidad Complutense

Miguel Angel Idoate Gastearena
Universidad de Navarra

José Luis Illanes
Universidad de Navarra

Roldán Jimeno Aranguren
Universidad de Navarra

Paul Klep
University of Nijmegen/N.W.
Posthumus Institute

Miguel Ángel Ladero Quesada
Universidad Complutense

Enrique de la Lama Cereceda
Universidad de Navarra

Francisco Javier Laspalas Pérez
Universidad de Navarra

Pilar Latasa Vassallo
Universidad de Navarra

Jean Paul Le Flem
Centre Roland Mousnier Université
Paris IV-Sorbonne

María Estela Lépori de Pithod
Universidad Nacional de Cuyo

M^a Angeles Lizarraga Lezaun
Universidad de Navarra

Alejandro Llano Cifuentes
Universidad de Navarra

Manuel Lobo Cabrera
Universidad de Las Palmas de Gran
Canaria

Jesús Longares Alonso
Universidad de Navarra

Esteban López Escobar
Universidad de Navarra

M^a Luisa López Fernández
Universidad de Navarra

Carmen López Urrutia
Polonia

Pedro Lozano Bartolozzi
Universidad de Navarra

Elisa Luque Alcaide
Universidad de Navarra

José Luque Valdivia
Universidad de Navarra

José M^a Mariluz Urquijo
Instituto de Investigación de Historia
del Derecho. Buenos Aires - Argentina

M^a Dolores Martínez Arce
Sociedad de Estudios Históricos de
Navarra

Miguel Alfonso Martínez -Echeverría
y Ortega
Universidad de Navarra

Ramón Martínez Fernández
Universidad de Navarra

José Martínez Millán
Universidad Autónoma de Madrid

Enrique Martínez Ruiz
Universidad Complutense

Carlos Martínez Shaw
Universidad Nacional de Educación a
Distancia

Carlos Mata Induráin
Universidad de Navarra

Frédéric Mauro
Université de Paris X Nanterre

Fernando de Meer Lecha-Marzo
Universidad de Navarra

Agustín Millares Carlo
Universidad Nacional de Educación a
Distancia-Las Palmas

Eduardo Molano Gragera
Universidad de Navarra

Pere Molas Ribalta
Universidad de Barcelona

José Luis Molins Mugueta
Universidad de Navarra

Antonio Morales Moya
Universidad de Salamanca

Magnus Mörner
Göteborg University

Carlos Muñoz García
Pamplona

Ernesto Muñoz Moraleda
Universidad Nacional de Tucumán

Ana María Navarro Ferrer
Universidad de Navarra

Francisco Javier Navarro Santana
Universidad de Navarra

Alejandro Navas García
Universidad de Navarra

Alfonso Nieto Tamargo
Universidad de Navarra

José Joaquín Noain Irisarri
Universidad de Navarra

Covadonga O'Shea Artiñano
Madrid

Patrick Karl O'Brien
Institute of Historical Research.
University of London

Juan Miguel Ochotorena Elícegui
Universidad de Navarra

Jone Odriozola Marañón
Pamplona

Ignacio Olábarri Gortázar
Universidad de Navarra

Jesús M^a Omeñaca Sanz
Arzobispado de Navarra

Nelly Ongay
Mendoza -Argentina

José Orlandis
Universidad de Navarra

Alvaro d' Ors Pérez-Peix
Universidad de Navarra

Carmelo Ortigosa García
Pamplona

M^a Isabel Ostolaza Elizondo
Universidad Pública de Navarra

Javier Otaduy Guerin
Universidad de Navarra

José M^a Paloma Fosalba
Universidad de Navarra

Julia Pavón Benito
Universidad de Navarra

Magdalena de Pazzis Pi Corrales
Universidad Complutense

Manuel J. Peláez
Universidad de Málaga

María de los Ángeles Pérez Samper
Universidad de Barcelona

Carla Rahn Phillips
University of Minnesota

Teresa Gorriá Asurmendi
Pamplona

François Xavier Guerra
Université de Paris I

Gustav Henningsen
Dansk Folkemindesamling

Conchita Hernández Escayola
Universidad de Navarra

Esteban Hernández Esteve
AECA - España

María Hernández-Sampelayo
Madrid

Javier Hervada Xiberta
Universidad de Navarra

José A. Ibáñez-Martín
Universidad Complutense

Miguel Angel Idoate Gastearena
Universidad de Navarra

José Luis Illanes
Universidad de Navarra

Roldán Jimeno Aranguren
Universidad de Navarra

Paul Klep
University of Nijmegen/N.W.
Posthumus Institute

Miguel Ángel Ladero Quesada
Universidad Complutense

Enrique de la Lama Cereceda
Universidad de Navarra

Francisco Javier Laspalas Pérez
Universidad de Navarra

Pilar Latasa Vassallo
Universidad de Navarra

Jean Paul Le Flem
Centre Roland Mousnier Université
Paris IV-Sorbonne

María Estela Lépori de Pithod
Universidad Nacional de Cuyo

M^a Angeles Lizarraga Lezaun
Universidad de Navarra

Alejandro Llano Cifuentes
Universidad de Navarra

Manuel Lobo Cabrera
Universidad de Las Palmas de Gran
Canaria

Jesús Longares Alonso
Universidad de Navarra

Esteban López Escobar
Universidad de Navarra

M^a Luisa López Fernández
Universidad de Navarra

Carmen López Urrutia
Polonia

Pedro Lozano Bartolozzi
Universidad de Navarra

Elisa Luque Alcaide
Universidad de Navarra

José Luque Valdivia
Universidad de Navarra

José M^a Mariluz Urquijo
Instituto de Investigación de Historia
del Derecho. Buenos Aires - Argentina

M^a Dolores Martínez Arce
Sociedad de Estudios Históricos de
Navarra

Miguel Alfonso Martínez -Echeverría
y Ortega
Universidad de Navarra

Ramón Martínez Fernández
Universidad de Navarra

José Martínez Millán
Universidad Autónoma de Madrid

Enrique Martínez Ruiz
Universidad Complutense

Carlos Martínez Shaw
Universidad Nacional de Educación a
Distancia

Carlos Mata Induráin
Universidad de Navarra

Frédéric Mauro
Université de Paris X Nanterre

Fernando de Meer Lecha-Marzo
Universidad de Navarra

Agustín Millares Carlo
Universidad Nacional de Educación a
Distancia-Las Palmas

Eduardo Molano Gragera
Universidad de Navarra

Pere Molas Ribalta
Universidad de Barcelona

José Luis Molins Mugueta
Universidad de Navarra

Antonio Morales Moya
Universidad de Salamanca

Magnus Mörner
Göteborg University

Carlos Muñoz García
Pamplona

Ernesto Muñoz Moraleda
Universidad Nacional de Tucumán

Ana María Navarro Ferrer
Universidad de Navarra

Francisco Javier Navarro Santana
Universidad de Navarra

Alejandro Navas García
Universidad de Navarra

Alfonso Nieto Tamargo
Universidad de Navarra

José Joaquín Noain Irisarri
Universidad de Navarra

Covadonga O'Shea Artiñano
Madrid

Patrick Karl O'Brien
Institute of Historical Research.
University of London

Juan Miguel Ochotorena Elícegui
Universidad de Navarra

Jone Odriozola Marañón
Pamplona

Ignacio Olábarri Gortázar
Universidad de Navarra

Jesús M^a Omeñaca Sanz
Arzobispado de Navarra

Nelly Ongay
Mendoza -Argentina

José Orlandis
Universidad de Navarra

Alvaro d' Ors Pérez-Peix
Universidad de Navarra

Carmelo Ortigosa García
Pamplona

M^a Isabel Ostolaza Elizondo
Universidad Pública de Navarra

Javier Otaduy Guerin
Universidad de Navarra

José M^a Paloma Fosalba
Universidad de Navarra

Julia Pavón Benito
Universidad de Navarra

Magdalena de Pazzis Pi Corrales
Universidad Complutense

Manuel J. Peláez
Universidad de Málaga

María de los Ángeles Pérez Samper
Universidad de Barcelona

Carla Rahn Phillips
University of Minnesota

Horst Pietschmann
Universität Hamburg

René Pillorget
Université de Lille

Hans Pohl
*Rheinische Friedrich - Wilhelms -
Universität Bonn*

Francisco Ponz Piedrafita
Universidad de Navarra

Fernando De la Puente
Universidad de Navarra

Carmen Purroy Turrillas
Universidad de Navarra

Domingo Ramos-Lissón
Universidad de Navarra

Gonzalo Redondo Gálvez
Universidad de Navarra

Emilio Redondo García
Universidad de Navarra

Luis Ribot
Universidad de Valladolid

David Ringrose
University of California. San Diego

Manuel Riu Riu
Universidad de Barcelona

Mario Rizzo
Università degli Studi di Pavia

Rodrigo Rodríguez Garraza
Universidad Complutense

M^a Victoria Romero Gualda
Universidad de Navarra

German Rueda
Universidad de Cantabria

Felipe Ruiz Martín
Real Academia de la Historia

M^a Cristina de Salas Murillo
Polonia

Joaquín Salcedo Izu
Universidad de Navarra

Emilia Salvador Esteban
Universidad de Valencia

José Javier Sánchez Aranda
Universidad de Navarra

Ismael Sánchez Bella
Universidad de Navarra

Fernando Sánchez Marcos
Universidad de Barcelona

José Sancho Comíns
Universidad de Alcalá

Modesto Santos Camacho
Universidad de Navarra

M^a Jesús Santos Gil
Universidad de Navarra

Carmen Sanz Ayán
Universidad Complutense

Carmen Saralegui Platero
Universidad de Navarra

Josep Ignasi Saranyana
Universidad de Navarra

Carlos Seco Serrano
Real Academia de la Historia

Joaquim Veríssimo Serrão
Academia Portuguesa da História

Pilar Sesma Egozcue
Universidad de Navarra

Gregorio Silanes Susaeta
Pamplona

Jaime Sobejano Rodríguez
Universidad de Navarra

Sergio Solbes Ferri
*Universidad de Las Palmas de Gran
Canaria*

Carlos Soria Sáiz
Universidad de Navarra

Kurt Spang
Universidad de Navarra

Rolf Sprandel
Universität Würzburg

Federico Suárez Verdeguer
Universidad de Navarra

Eloy Tejero Tejero
Universidad de Navarra

Alberto Tenenti
*Centre de Recherches Historiques
E.H.E.S.S.*

I. A. A. Thompson
Keele University

Ernesto de la Torre Villar
*Universidad Nacional Autónoma de
México*

Rafael Torres Sánchez
Universidad de Navarra

Fernando Uriol Batuecas
Universidad de Navarra

Ignacio Urrutia Costanilla
Pamplona

Jesús M^a Usunáriz Garayoa
Universidad de Navarra

Francisco Varo Pineda
Universidad de Navarra

Caridad Velarde Queipo de Llano
Universidad de Navarra

Francisco Verdera Albiñana
Universidad de Navarra

Josep Juan Vidal
Universitat de les Illes Balears

Siro Villas Tinoco
Universidad de Málaga

Antonio di Vittorio
Universit degli Studi di Bari

Francisca Vives Casas
Vitoria

Herman Van der Wee
*Netherlands Institute for Advanced
Study in the Humanities and Social
Sciences*

Ana Zabalza Seguí
Universidad de Navarra

Giovanni Zalin
Università di Verona

Francisco Javier Zubiaur Carreño
Museo de Navarra